

# Los hijos de la luna

Mi nueva familia ,de la que ahora me siento muy orgulloso, no fue siempre tan sublime y grande como lo es ahora. De hecho, al principio no éramos más que dos personas. Un niño con el alma rota de tanto llorar y una joven que desprendía un aura de nobleza en cada uno de los gestos que hacía, y no exagero, porque si tus ojos estuvieran risueños, al verla, como me pasó a mí, pensarías que un inocente ángel se ha presentado ante ti para que llenes tu corazón de dicha al ver su imagen. Pero en el momento en que tu vista dejara de burlarse verías una sonrisa pícaro y unos ojos llenos de soberbia que estremecería el pecho de cualquier caballero.

La manera en que conocí a tan temible y engatusadora mujer no fue por la gracia de Dios ni por un ardid del diablo. Dudo de que esos dos fueran capaces de mirarla a la cara y pedirle semejante cosa. De hecho, sigo sin saber si fue ella misma la que decidió permitirme verla o si fue insensatez de mi cabeza, que hizo que mi cuerpo fuera a aquel campanario en aquella noche solitaria, de mi pueblo natal, con la excusa de querer fumar en un lugar apartado.

Tras terminar de subir los escalones de la iglesia la tuve justo enfrente mía. Una chiquilla de pelo negro azabache, piel blanca como la de un armiño, un vestido corto que conjuntaba con la tez de su cara y unos ojos azules tan oscuros que parecían volverse morados por momentos. Yo me quedé atónito y no pude decir ni una palabra, lo único que podía hacer era mirarla de hito en hito. Pero la jovencita se dio cuenta de mi presencia y giró su armónico cuerpo hacía mi. Sin poder dejar mi cara de embobado ella se me acercó y posó su fría y suave mano en mi mejilla. Yo no podía dejar de mirarla y cada intento de coger aire hacía que mi pecho sintiera vértigo hasta por las venas. Ella se percató de mi lucha por intentar esconder mi ansiedad y con mirada tierna ,al igual que su voz, entrelazó sus brazos en mi cuello y me susurró al oído:

- No tienes porqué esconder tus emociones, Alejandro. Déjalos salir, si no terminarán por comer tu corazón.

El suave roce de su aliento cálido en mis orejas hizo que mi cabeza empezara a pensar con claridad. No podía creer que una chica tan preciosa conociera el nombre de un perdedor de mi calaña. Me armé de valor, tragué saliva y pregunté acobardado:

- ¿Cómo sabes mi nombre?
- Vaya, veo que ya te has olvidado de mí. Y yo que pensé que siempre te acordarías de los buenos momentos que pasamos.
- ¿eeehh? – musité en voz baja.
- Pero no te preocupes. Yo lo sé todo sobre ti. Sé por todo lo que estás sufriendo y todo lo que te callas en tus adentros. Sé que no tienes

amigos en clase y que hay un grupo de idiotas que te hacen la vida imposible.

- ¿cómo sabes todo eso?
- Tonto, ya te lo he dicho. Lo sé todo sobre ti. He estado y siempre estaré junto a ti. Porque somos hijos de la luna, y eso te convierte en mi familia. Hermanito.
- ¿hijos de la luna? ¿De qué hablas? ¿Quién eres?
- ¿Qué quién soy? Yo soy aquella que sufre cuando te vas a llorar a esa esquina solitaria de siempre. Yo soy aquella que se moría por consolarte cuando no podía. Yo... soy tu hermana mayor. Aunque tú te hayas olvidado de mí yo siempre te estuve vigilando desde lo lejos.
- ¿Pero que estás diciendo? Soy hijo único. Mis padres solo me tuvieron a mí.
- Se te olvida que tu otra madre te dio más familiares para que pudieran acompañarte en tus días de congoja.
- ¿Mi otra madre?
- Sí, mira. Ahí arriba. Está mirándonos.

Ella levantó uno de sus delgados dedos para mostrarme la luna que parecía, verdaderamente, que nos miraba a los dos tan de cerca que podía ver los agujeros que la adornaban.

- ¡Esto es una locura! ¿Por qué la luna está tan cerca?
- Por la misma razón por la que una madre se acerca a ver a su niño en la cuna.
- ¡No, no! ¡Esto debe ser mentira! Quizás he vuelto tener pesadillas por fumar demasiados porros.
- ¡Mírame a los ojos Alejandro! - dijo ella mientras volvía a posar sus manos en mi cara y dirigía mi mirada hacia la suya -. Esto es real, Alejandro. Tú... eres mi hermano pequeño.

En ese momento no es que no pudiera creerlo, si no que no quería hacerlo. Después de todo tenía a una chica, que no había conocido en mi vida, enfrente de mí que decía ser mi hermana mayor. Lo único que podía hacer era mirar a mi alrededor para ver las cámaras y descubrir que en realidad estaba en un programa de bromas callejeras. Pero nada, no había nada más que ladrillos viejos y una luna gigantesca.

- Alejandro, sintiéndolo mucho, he de despedirme. Pero no te preocupes, pronto volveré ha estar contigo.
- ¿qu..qué?
- Hasta pronto, hermanito.

Entonces ella se fue sin decirme nada más, bajando las escaleras dando brincos como un conejito. Intenté buscarla por la calle , pero se había desvanecido. Pensé que nunca la volvería a ver. Pero un día de luna llena volvió ha aparecerse ante mí para darme una sorpresa aún mayor. Aunque esa, es otra historia.